

Cuerpo y Realidad Virtual

Julio Moreno¹

(Hacia fin del año pasado fue presentado en APA el libro “El Cuerpo: Lenguajes y Silencios” editado por APA y Lugar Editorial. Tuve el placer de escribir el último capítulo de dicho libro, titulado “Cuerpo y Realidad Virtual”. En su presentación, Abel Fainstein hizo un comentario del libro y junto con él exhibió una compilación de la opera Wozzeck de Alban Berg, cuya evocación se inspiró parcialmente en mi capítulo. Ello originó la inquietud y el deseo compartido de presentar aquí una versión (reducida y algo modificada) del capítulo junto con los comentarios y la proyección de una compilación de la ópera mencionada a cargo del Dr. Fainstein. Los que quieran podrán leer la versión completa del capítulo en el libro que mencioné).

El psicoanálisis emergió en tiempos de relativa solidez y estabilidad hace ya más de 100 años. En aquel entonces pocos dudaban de que llegaríamos a dominar con nuestro saber a los objetos externos y la animalidad que nos habita.

Hoy sabemos que aquellas aspiraciones fueron tan sólo una ilusión: jamás dominaremos al objeto real, y no podremos ser buenos ni perfectos. Ocurrió algo diferente: la tecnología originada en la búsqueda de aquella utopía generó *realidades* sin materialidad que no son reales, ni ficcionales, verdaderas ni falsas.

Se conocen con el contradictorio nombre de *realidad virtual*. Yo creo que convendría llamarlas *realidad informática* porque se asocian a configuraciones que han trastocado definitivamente el espacio que habitamos.

Como no podía ser de otro modo, estos fenómenos han impactado nuestra práctica. Por ejemplo, al simular ser el objeto de la demanda, la RV puede ocluir el espacio entre lo representado y la representación y silenciar los efectos de la frustración. Además, han surgido secuelas de lo mediático tales como la de vivir en el tiempo de lo inmediato, la obsolescencia de los dispositivos, la fragilidad de las instituciones, la extroversión del espacio de la intimidad y la creación de múltiples realidades compatibles entre sí que socavan la idea de conflicto –crucial para el psicoanálisis- y hacen endeble y vulnerable la concepción misma de sujeto.

Algo que es preciso comprender en este punto es que la noción de “realidad” con que trabajamos es capaz de generar diferentes cuerpos. En la época en que se gestó el psicoanálisis la realidad era la realidad representada y se trataba de cuerpos esculpidos por el entrenamiento y pensados como fuerza de trabajo. Cuerpos que albergaban almas y realizaban prácticas confesionales (religiosas y, luego, psicoanalíticas) en búsqueda de un interior que podría perfeccionar nuestro transitar por el mundo. Tanto el territorio del cuerpo como el de los objetos externos eran entendidos por una lógica mecánica (como la de las leyes de Newton) con nociones universales y claras que los humanos podríamos eventualmente entender, dominar y utilizar en nuestro provecho. El modelo de

¹ julmoreno@fibertel.com.ar y julmoreno@gmail.com

estudio de ese cuerpo era el del cadáver que se concebía como una máquina. Como tal las teorías sobre él lo consideraban ante todo como un sistema analógico. Ese es el cuerpo-máquina que concebió Descartes y toda la modernidad hasta mediados del siglo XX.

Es importante distinguir claramente dos ideologías alrededor de esta cuestión: la prometeica y la fáustica, tal como lo hace Paula Sibilía (2005).

El ideal *prometeico* (que acabamos de describir) pretendió doblegar técnicamente a la naturaleza. Imperaba incuestionado en los tiempos en que se forjó el psicoanálisis. En él, el cuerpo es concebido como una máquina “ya dada” en sus matrices básicas, máquina que se concebía irremplazable pero perfectible: en un tiempo indefinido, el humano podría llevarla a la perfección máxima, en una expresión cabal del espíritu moderno. Como dijimos, el modelo corporal de lo prometeico fue el cadáver, y la aproximación y las operaciones que sobre él pueden realizarse, fueron analógicas.

El ideal *fáustico* pretende pasar por alto las barreras impuestas por la naturaleza o por los tabúes al humano. No acepta que éste ya “esta dado” en su versión final: puede *transformarse*. Éste ideal nos concibe como provistos de los secretos con los que el Gran Relojero ha puesto en marcha la vida. Por ello, pretende que podremos apropiarnos y dominar finalmente los avatares del mundo exterior y de nuestro propio cuerpo.

En las dos áreas que hemos abordado (la de la captura del objeto exterior y la del perfeccionamiento del cuerpo analógico con que nos ha provisto la naturaleza), el ideal prometeico ha fracasado. Dicho fracaso resalta en contraste con tres zonas

de desarrollo contemporáneo sobre el cuerpo postorgánico. Las tres tienen que ver con la emergencia del ideal fáustico y usan ampliamente una tecnología y comprensión basada en lo digital.

a) La ingeniosa posibilidad tecnológica de simular lo que el sujeto supuestamente quiere, alterando la producción de frustración y de eludir las realidades impuestas por lo corpóreo. Esta novedosa posibilidad nos está llegando en las formas más variadas.

Allí donde surge un imposible, señal de lo real, emerge hoy el intento tecnológico-virtual de destituir lo infranqueable de esa barrera. Puede ser un vértigo de sensorialidad superficial que se sobre impone y anula la percepción; o la sobreabundancia de información capaz de anorexizar el deseo; o bien transformaciones corporales que en un fervor de resurrección perpetua se dirigen a amenguar -y, ¿por qué no?, a anular- el efecto del envejecimiento, de la madurez y la muerte y de la dosis de frustración que –como sugirió Freud- es necesaria para el desarrollo psíquico.

La RV actúa en este sentido sobre puntos de imposibilidad, lugares donde se hace evidente que nuestro sistema de representaciones es incapaz de atravesar los toques que ha fijado la materialidad real; zonas donde la escisión cuerpo-mente puede haber parecido insalvable. Ahora, se puede concebir la posibilidad de ser entes puramente incorpóreos “conectados” al éter mediático o, también, la de ser presencia real de un puro cuerpo aislado de los avatares de “la vida” en un tránsito casi autista.

La virtualidad apunta de ese modo directamente a ocluir el espacio entre lo representado y la representación y también a anular la dualidad entre el cuerpo analógico y la mente informática. Y no lo hace por la captura simbólica de lo real, ni por el trabajo sobre nuestro cuerpo concebido como una máquina a través del entrenamiento y educación, como fuera el sueño moderno. Pretende hacerlo, a través de un *simulacro* que consiste en la generación de una “realidad” que no es ni real ni irreal; ni científica ni ficcional: la realidad virtual.

b) Por la simulación de lo real, la persona podría también reducirse a la información digitalizada que de ella proviene. Como mínimo, una imagen superficial y bidimensional que haga posible prescindir de lo estrictamente corporal. Una imagen que no sólo es proyección del perfil del cuerpo sino que, además, puede *absorber* las significaciones del sujeto que lo porta (¿o que es portado por dicho cuerpo?). O sea, ya no se trata de un trabajo prometeico sobre el bienestar de la persona toda, sino de su apariencia, de cómo es ella para la mirada de los otros. No es entonces de cuestión de perfeccionar una máquina analógica, sino de trabajar sobre el efecto que pueda su apariencia producir. Apariencia que, por otra parte, es concebida por esta ideología como *un todo*. “Ser” queda así equiparado a “aparecer”, y ese aparecer bajo la forma de pura imagen o pura sensorialidad, puede prescindir del cuerpo. Gran parte del tiempo y del interés transcurre así en un espacio que -valga la contradicción-, no tiene dimensiones espaciales: el espacio virtual. Notemos en esta línea la diferencia entre “disfrazarse” como hacíamos los niños modernos, lo que implica “seguir siendo uno mismo” disfrazado de otro; versus “transformarse”, como adelantan

muchos juguetes actuales (*transformers*) y se pone en juego en la red informática, por ejemplo, en el programa *Second Life*.

c) La otra novedad es que el modo de comprender el cuerpo y operar sobre él, ha dejado de ser analógica para ser digital. En esto ha influido enormemente el hallazgo de que la materialidad de la que estamos compuestos es pensable como la expresión de una información encriptada en el cuerpo. Los tesoros así codificados determinan la funcionalidad del encéfalo con su cableado y su química y de todo el cuerpo a través de la información contenida en el ADN y las cadenas proteicas.

Este último punto tiene importantes derivaciones y consecuencias. La vida en nuestro planeta viene, desde hace unos 3.500 millones de años, adecuándose pausada y constantemente a las variaciones del medio por la acción de la selección natural. Esa operación requiere que los seres vivos no interfieran con las leyes de dicha selección. Ni, por supuesto, que por así decir, “se metan” con las causas determinantes de la vida ni de la muerte de los individuos que la *selección natural* selecciona. Esto quiere decir que, para que la operación darwiniana funcione –como lo viene haciendo desde que emergió la vida en nuestro planeta– los individuos deben simplemente obedecer las órdenes inscriptas en su genoma, de modo que cada vez que las condiciones así lo determinen, los individuos nazcan o mueran en mayor o menor número. De esa manera la selección natural ha ido operando armónica y ajustadamente la relación entre los cambios del medio y de la población, eliminando ciertas especies y generando (tan solo por su “evolución”) otras. Aunque pueda parecer

extraño, ser complaciente con dichas órdenes naturales ha sido desde siempre la contribución máxima del animal a la vida.

Lo decididamente fáustico reside en la ambición, ya en parte concretada, de intervenir activamente en la distribución de la vida y de los recursos del planeta, en su propio genoma y en lo que para nuestra especie es la zona principal de posibles transformaciones: el cerebro.

Ya en el 2001, el célebre Stephen Hawking confesó que para él era inevitable que las biotecnologías y la informática “incrementarán la complejidad interna del cuerpo humano sin que debamos esperar a la evolución biológica que es –decía– inexorablemente lenta”. Es cierto, desde nuestra aparición como especie hace apenas 200.000 años en África, la evolución biológica –hoy se sabe con certeza– no ha logrado cambiar nada relevante de nuestro genoma. Aún así, los cambios –algunos catastróficos– que hemos producido en nuestra corta existencia en el planeta no tienen parangón.

Quizás aquí puede notarse la veta trágica de la fáustica ambición contemporánea. Estamos incursionando en territorios nunca antes transitados. Territorios que desde distintas perspectivas se han señalado como prohibidos (como comer de la manzana del árbol de la sabiduría del Génesis, o las insolencias humanas a las Divinidades Olímpicas que, como ilustra la mitología griega, siempre fueron severamente castigadas).

¿Augurará esta cruzada fáustica el triunfo final sobre las pesadas ataduras corporales, una verdadera *transformación*? ¿O se tratará del presagio de nuestra *extinción*?

APDeBA – ASOCIACIÓN PSICOANALÍTICA DE BUENOS AIRES
SECRETARÍA CIENTÍFICA

APdeBA – Maure 1850 – Tel. 4775-7985
<http://www.apdeba.org> / secretaria@apdeba.org

APDeBA – ASOCIACIÓN PSICOANALÍTICA DE BUENOS AIRES
SECRETARÍA CIENTÍFICA

APdeBA – Maure 1850 – Tel. 4775-7985
<http://www.apdeba.org> / secretaria@apdeba.org